

vengo á salvaros. Venid, pues, á mí, vosotros los que sufrís y que estais cargados, y sereis aliviados y consolados; no busqueis en otra parte la fuerza y el consuelo, porque el mundo es impotente para dároslos. Dios hace á vuestros corazones un llamamiento supremo por el Espiritismo; escuchadlo. Que la impiedad, la mentira, el error y la incredulidad sean extirpados de vuestras almas doloridas; éstos son monstruos que abrevándose en vuestra sangre la mas pura, os hacen llagas casi siempre mortales. Que en lo sucesivo, humildes y sumisos al Creador, practiqueis su ley divina. Amad, y rogad; sed dóciles á los Espíritus del Señor; invocadlos del fondo del corazon; entonces El os mandará á su hijo muy amado para instruiros, y deciros estas buenas palabras: Héme aquí; yo vengo á vosotros porque me habeis llamado. (EL ESPIRITU DE LA VERDAD. Burdeos, 1861.)

8. Dios consuela á los humildes y da fuerza á los afligidos que se la piden. Su poder llena la tierra, y por todas partes al lado de una lágrima, coloca un bálsamo que consuela. El sacrificio y la abnegacion son una oracion continua, y encierran una enseñanza profunda; la sabiduria humana reside en estas dos palabras. Puedan todos los Espírituspacientes comprender esta verdad, en lugar de clamar contra los dolores y los sufrimientos morales que son en la Tierra vuestro patrimonio. Tomad, pues, por divisa estas dos palabras: *Sacrificio y abnegacion*, y sereis fuertes, porque ellas reasumen todos los deberes que os imponen la caridad y la humildad. El sentimiento del deber satisfecho, os dará el reposo del Espíritu y la resignacion. El corazon late mejor, el alma se calma, y el cuerpo no tiene flaqueza, porque el cuerpo sufre tanto mas cuanto el Espíritu se halla mas profundamente herido. (EL ESPIRITU DE LA VERDAD. El Havre, 1863.)

CAPITULO VII.

BIENAVENTURADOS LOS POBRES DE ESPIRITU.

Lo que debe entenderse por pobres de Espíritu.—Cualquiera que se eleve, será humillado.—Misterios ocultos á los sabios y á los prudentes.—Instrucciones de los Espíritus.—Orgullo y humildad.—Mision del hombre inteligente en la Tierra.

Lo que debe entenderse por pobres de Espíritu.

1. Bienaventurados los pobres de Espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos. (San Mateo, cap. V, v. 3.)

2. La incredulidad se divierte con esta máxima: *Bienaventurados los pobres de Espíritu*, como con muchas otras cosas, sin comprenderla. Por los pobres de Espíritu, Jesus no entiende los hombres desprovistos de inteligencia, sino los humildes: dice que el reino de los cielos es para aquellos y no para los orgullosos.

Los hombres de ciencia y de Espíritu, segun el mundo, tienen generalmente una tan alta opinion de sí mismos y de su superioridad, que ven las cosas divinas como indignas de su atencion; sus miradas concentradas en su persona, no pueden elevarse hasta Dios. Esta tendencia á creerse superiores á todo, los conduce con frecuencia á negar lo que estando encima de ellos, podria bajarlos, hasta negar su amor á la divinidad; ó si consienten en admitirla, le niegan uno de su mas bellos atributos: su accion providencial sobre las cosas de este mundo, persuadidos de que ellos solos son suficientes para gobernar bien. Tomando su inteligencia por la medida

de la inteligencia universal y juzgándose aptos para comprender todo, no pueden creer en la posibilidad de lo que no comprenden; cuando han pronunciado su juicio, es para ellos sin apelacion.

Si rehusan admitir el mundo invisible y un poder extra-humano, no es porque se halle sobre de ellos, sino porque su orgullo se rebela á la idea de una cosa, encima de la cual no pueden colocarse, y que los hace descender de su pedestal. Por esta razon, solo tienen sonrisas de desden para todo lo que no es del mundo visible y tangible; se conceden mucho talento y ciencia para creer en cosas buenas, segun ellos, para las gentes *simples*, teniendo á los que las toman á lo sério, por *pobres de Espíritu*.

Sin embargo, aun cuando se expliquen así, les será necesario entrar como los demas, en el mundo invisible que convierten en irrision; allí serán abiertos sus ojos, y reconocerán su error. Pero Dios, que es justo, no puede recibir de la misma manera á aquel que ha desconocido su poder y al que se ha sometido humildemente á sus leyes; ni puede reservarles una parte igual.

Diciendo que el reino de los cielos es para los simples, Jesus entiende que ninguno es admitido allí, sin *la simplicidad del corazon y la humildad del Espíritu*; que el ignorante que posee estas cualidades, será preferido al sabio, que cree mas en sí mismo que en Dios. En todas circunstancias, coloca á la humildad en el rango de las virtudes que aproximan á Dios, y al orgullo, entre los vicios que lo alejan de El; y esto, por una razon muy natural, y es que la humildad es un acto de sumision á Dios, mientras que el orgullo es una rebelion contra El. Mas vale, pues, para la felicidad futura del hombre, ser *pobre de Espíritu*. en el sentido del mundo, y rico en cualidades morales.

Cualquiera que se eleve, será humillado.

3. En este mismo tiempo, los discípulos se aproximaron á Jesus, diciéndole: ¿Quién es el mas grande en el reino de los cielos?—Jesus, llamando á un niño, lo puso en medio de ellos, y les dijo:—Yo os digo en verdad, que si vosotros no os convertís, y si no venís á ser como niños, no entrareis en el reino de los cielos,—*pues cualquiera que se humille y se vuelva como este niño, ese será el mas grande en el reino de los cielos*,—y cualquiera que en mi nombre recibe á un niño como yo acabo de hacer, es á mí mismo á quien recibe. (San Mateo, cap. XVIII, v. del 1 al 5.)

4. Entonces la madre de los hijos del Zebedeo, se aproximó á él, y le adoró, manifestándole que queria pedirle alguna gracia.—Jesus le dijo: ¿qué quieres?—Mandad, dijo ella, que mis dos hijos que veis aquí, estén sentados en vuestro reino, uno á vuestra derecha y el otro á la izquierda.—Mas Jesus le respondió: vos no sabeis lo que me pedís; ¿podeis beber el cáliz que yo beberé?—Los discípulos dijeron: nosotros podemos.—Jesus les respondió: es verdad que vosotros bebereis el cáliz que yo beberé; mas por lo que es estar sentado á mi derecha ó á mi izquierda, no es á mí á quien corresponde dároslo, esos sitios serán para aquellos para quienes mi Padre los tiene preparados. Los otros diez apóstoles, habiendo oido esto, concibieron indignacion contra los dos hermanos.—Jesus, habiéndolos llamado á sí, les dijo: Vosotros sabeis que los príncipes de las naciones, las dominan, y que los grandes las tratan con imperio; no debe ser lo mismo entre vosotros, *porque el que quiera llegar á ser el mas grande, sea vuestro servidor;—y el que quiera ser el primero de entre vosotros, sea vuestro esclavo;—*como el hijo del hombre no ha venido para ser servido, sino para

servir y dar su vida por la redencion de muchos. (San Mateo, cap. XX, v. del 20 al 27.)

5. Jesus entró en dia sábado á la casa de uno de los principales Fariseos para comer allí, y los que estaban presentes lo observaban.—Entonces, considerando como los convidados escogian los primeros asientos, les propuso esta parábola, y les dijo:—Cuando seais convidados á las nupcias, no tomeis allí el primer lugar, por temor de que se encuentre entre los convidados una persona mas considerable que vosotros, y que el que os haya convidado, no venga á deciros: dad vuestro lugar á éste; y que entonces os veais precisados, con vergüenza, á ocupar el último asiento.—Sino que cuando seais convidados, id á ocupar el último asiento, á fin de que el que os ha convidado, cuando haya venido, os diga: amigo mio, subid mas arriba. Y entonces, esto será un motivo de satisfaccion para aquellos que estén á la mesa con vosotros; *porque cualquiera que se eleve será humillado, y cualquiera que se humille, será elevado.* (San Lucas, cap. XIV, v. del 1 al 7 y de éste al 11.)

6. Estas máximas son las consecuencias del principio de humildad, que Jesus no cesa de poner como condicion esencial para la felicidad prometida á los elegidos del Señor, y que ha formulado en estas palabras: «Bienaventurados los pobres de Espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.» Toma á un niño como tipo de la sencillez de corazon, y dice: Aquel será mas grande en el reino de los cielos, que se humillará y se hará pequeño como un niño; es decir, que no tendrá pretension alguna á la superioridad, ó á la infalibilidad.

El mismo pensamiento fundamental, se encuentra en esta otra máxima: «*Que el que quiera llegar á ser el mas grande, sea vuestro servidor.*» Y en esta: «*Cualquiera que se humille, será exaltado, y cualquiera que se eleve será humillado.*»

El Espiritismo viene á sancionar la teoría por el ejem-

plo, mostrándonos grandes en el mundo de los Espíritus á aquellos que eran pequeños en la Tierra, y á menudo muy pequeños á aquellos que eran muy grandes y poderosos. Esto significa que los primeros han llevado al morir, lo que hace solamente la verdadera grandeza en el cielo y no se pierde: las virtudes; mientras que los otros han debido dejar lo que hacia su grandeza en la Tierra, pues esta no se lleva: la fortuna, los títulos, la gloria, el nacimiento; no teniendo otra cosa, llegan al otro mundo desprovistos de todo, como naufragos que han perdido todo, hasta sus vestidos; no conservan mas que el orgullo, que hace su nueva posicion mas humillante; porque ven arriba de ellos y resplandecientes de gloria á aquellos que han hollado con los piés en la Tierra.

El Espíritu nos muestra otra aplicacion de este principio en las encarnaciones sucesivas, en que aquellos que han sido mas elevados en una existencia, son humillados al último rango en una existencia siguiente, si han sido dominados por el orgullo y la ambicion. No busqueis, pues, la primera clase en la Tierra, ni procureis poner os encima de los demas, si no quereis ser obligados á descender; procurad, al contrario, la mas humilde y la mas modesta, porque Dios sabrá muy bien daros una mas elevada en el cielo, si la mereceis.

Misterios ocultos á los sabios y á los prudentes.

7. Entonces Jesus dijo estas palabras: Yo os rinde gloria, Padre mio, Señor del cielo y de la Tierra de que hayais ocultado estas cosas á los sabios y á los prudentes, y de que las hayais revelado á los simples y á los pequeños. (San Mateo, cap. XI, v. 25.)

8. Puede parecer singular que Jesus rinda gracias á Dios, por haber revelado estas cosas á los simples á los

pequeños, que son los pobres de Espíritu, y por haberlas ocultado á los sabios y á los prudentes, mas aptos en apariencia para comprenderlas. Esto es lo que debe entenderse por los primeros: *los humildes*, los que se humillan delante de Dios, y no se creen superiores á todo el mundo; y por los segundos, *los orgullosos*, vanos de su ciencia mundana, que se creen prudentes porque dudan, tratando á Dios de igual á igual, cuando no lo niegan; porque en la antigüedad, *prudente* era sinónimo de *sabio*; por eso Dios les deja la investigación de los secretos de la Tierra, y revela los del cielo á los simples y á los humildes, que se inclinan ante El.

9. Así sucede hoy con las grandes verdades reveladas por el Espiritismo. Ciertos incrédulos se asombran de que los Espíritus hagan tan poco gasto para convencerlos; y es que los Espíritus se ocupan de aquellos que buscan la luz de buena fé y con humildad, de preferencia á aquellos que creen poseer toda la luz, y que parece que juzgan que Dios debería ser muy dichoso con atraerlos á sí probándoles que existe.

El poder de Dios brilla en las cosas mas pequeñas como en las mas grandes; no pone la luz debajo del celmin, supuesto que la derrama á mares por todas partes: ciegos son, pues, aquellos que no la ven. *Dios no quiere abrirles los ojos por la fuerza, supuesto que les agrada tenerlos cerrados.* Vendrá su turno, porque es necesario que antes sientan las angustias de las tinieblas, y reconozcan á Dios, y no al acaso en la mano que hiera su orgullo. Dios emplea los medios que le convienen segun los individuos; la incredulidad no tiene el derecho de prescribirle lo que debe hacer, y de decirle: Si quieres convencerme ha de ser de tal ó cual manera, á tal hora mas bien que á otra, porque ésta es la que me conviene.

Que no se asombren, pues, los incrédulos, si Dios y los Espíritus, que son los agentes de sus voluntades, no se someten á sus exigencias. Que se pregunten lo que dirian

si el último de sus sirvientes quisiera sobreponerse á ellos. Dios impone sus condiciones, y es impasible; escucha con bondad á aquellos que se dirigen á El con humildad, y no á los que se creen mas que El.

10. Dios, se dirá, ¿no podia tocarlos personalmente por medio de signos estrepitosos, en vista de los cuales el incrédulo mas endurecido debiera inclinarse? Sin duda lo podria hacer; pero entonces ¿dónde estaria su mérito? y por otra parte, ¿de qué les serviria? ¿No se ve á muchos todos los dias rehusarse á la evidencia, y aun decir: Si yo viese, no creeria, porque sé que esto es imposible? Si rehusan conocer la verdad, es porque su Espíritu no está aun maduro para comprenderla, ni su corazon para sentirla; *el orgullo es la nube que cubre su vista*; ¿de qué sirve presentar la luz á un ciego? Es necesario, pues, primeramente, curar la causa del mal; por esto, El, como médico hábil, castiga primeramente el orgullo. No abandona, pues, á sus hijos extraviados; sabe que tarde ó temprano, sus ojos se abrirán; pero quiere que esto sea por su propia voluntad, y cuando se hallen vencidos por los tormentos de la incredulidad, por sí mismos se echarán en sus brazos, y como el hijo pródigo, le pedirán gracia.

INSTRUCCIONES DE LOS ESPIRITUS.

El orgullo y la humildad.

11. ¡Que la paz del Señor sea con vosotros, mis queridos amigos! Vengo hácia vosotros, para alentaros á seguir el buen camino.

A los pobres de Espíritu, que en otro tiempo habitaban la Tierra, Dios les da la mision de venir á ilustraros. Bendito sea por la gracia que nos acuerda de poder ayudaros á vuestro mejoramiento. Que el Espíritu Santo

me ilumine y me ayude á hacer mi palabra comprensible; y que me haga la gracia de ponerla al alcance de todos. Vosotros todos los que estais encarnados, que estais desazonados y buscáis la luz; que la voluntad de Dios sea en mi ayuda para hacerla brillar ante vuestros ojos.

La humildad es una virtud muy olvidada entre vosotros; los grandes ejemplos que os han sido dados, son muy poco seguidos, y sin embargo, sin la humildad, ¿podéis ser caritativos con vuestros prójimos? ¡Oh! no; porque ese sentimiento nivela á los hombres, les advierte que son hermanos, que deben ayudarse mutuamente, y los conduce al bien. Sin la humildad, vosotros os adornais de virtudes que no teneis, como si llevaseis un vestido para ocultar las deformidades de vuestro cuerpo. Recordad al que nos salvó; recordad su humildad, que lo ha hecho tan grande, tan superior á todos los profetas.

El orgullo es el terrible adversario de la humildad. Si el Cristo prometia el reino de los cielos á los mas pobres, es porque los grandes de la Tierra se figuran que los títulos y las riquezas son recompensas dadas á su mérito, y que su esencia es mas pura que la del pobre; creen que todo les es debido, y por eso, cuando Dios se los retira, lo acusan de injusticia. ¡Oh! insolencia y ceguera! ¿Ha hecho Dios una distincion entre vosotros por el cuerpo? ¿la envoltura ó cuerpo del pobre, no es igual á la del rico? ¿ha hecho el Creador dos especies de hombres? Todo lo que ha hecho Dios, es grande y sabio; no le atribuyais jamas las ideas que producen vuestros orgullosos cerebros.

¡Oh, rico! mientras que tú duermes bajo tus artesonados cubiertos de oro, al abrigo del frio, millares de tus hermanos que te sirven, están tirados sobre la paja. ¿El desgraciado que sufre el hambre no es tu igual? A esta palabra tu orgullo se rebela, lo sabes bien; tú consentirás en darle la limosna, pero estrecharle paternalmente la mano, jamas! «¡Qué—dices,—¡yo, descendiente de una noble sangre, grande de la Tierra, yo seré el igual

de ese miserable que lleva andrajos! Vana utopía de los que se dicen filósofos! ¿Si somos iguales, por qué Dios le ha colocado tan bajo, y á mí tan alto?» Es verdad que vuestros vestidos no se parecen; pero si sois ambos despojados de ellos, ¿qué diferencia habrá entre vosotros? La nobleza de la sangre, direis; pero la química no ha encontrado diferencia entre la sangre del gran señor y la del plebeyo, entre la del amo y el esclavo. ¿Quién te ha dicho que no has sido tú tambien miserable y desgraciado como él? ¿que tú no has pedido limosna? ¿que no la pedirás un dia al mismo que desprecias hoy? ¿Las riquezas son eternas? ¿no acaban con el cuerpo, envoltura perecedera de tu Espíritu? ¡Oh! ¡un arrepentimiento de humildad sobre tí mismo! Dirige al fin la vista sobre las cosas de este mundo, sobre lo que hace la grandeza y la bajeza en el otro; piensa que la muerte no te libertará mas que otra cosa; que tus títulos, no te preservarán tampoco; que la muerte puede herirte repentinamente hoy, en una hora; y si te sepulta en tu orgullo, ¡oh! entonces te compadezco, porque serás digno de piedad.

¡Orgullosos! ¿qué erais vosotros antes de ser nobles y poderosos? Puede ser que fuérais mas bajos que el último de vuestros sirvientes. Inclínad vuestras frentes altivas, que Dios puede doblar en el momento que las levanteis mas alto. Todos los hombres son iguales en la balanza divina; las virtudes solamente los distinguen á los ojos de Dios. Todos los Espíritus son de una misma esencia, y todos los cuerpos son formados de la misma pasta; vuestros títulos y vuestros nombres, en nada os pueden cambiar; quedan en la tumba, y no son los que dan la felicidad prometida á los escogidos; la caridad y la humildad son sus títulos de nobleza.

¡Pobre criatura, tú eres madre, tus hijos sufren; tienen frio, tienen hambre; tú vas encorvada bajo el peso de la cruz, á humillarte por conseguir un pedazo de pan. ¡Oh! yo me inclino delante de tí! ¡Cuán noble, grande y santa eres á mis ojos! Espera y ruega; la felicidad

no es de este mundo. A los pobres oprimidos y que confían, Dios les da el reino de los cielos.

Y tú, hija mía, pobre niña entregada al trabajo y á las privaciones, ¿por qué estos tristes pensamientos? ¿por qué lloras? Que tu mirada se eleve piadosa y serena hácia Dios: á las pequeñas aves da el alimento; ten confianza en El, y no te abandonará. El ruido de las fiestas y placeres del mundo hacen latir tu corazón; querías adornar tu cabeza con flores y mezclarte á los dichosos de la Tierra; dices que podrías, como estas mujeres que ves pasar, alegres y risueñas, ser rica también. ¡Oh! calla, niña! Si tú supieras cuántas lágrimas y dolores sin nombre, están ocultos bajo esos vestidos bordados; cuántos suspiros ahogados en el ruido de esa alegre orquesta! preferirías tu humilde retiro y tu pobreza. Consérvate pura á los ojos de Dios si no quieres que tu Ángel guardian se remonte hácia El, con la cara oculta bajo sus blancas alas, y te deje con tus remordimientos, sin guía, sin sosten en este mundo, en donde estarás perdida, y esperando además ser castigada en el otro.

Y vosotros que sufrís las injusticias de los hombres, sed indulgentes para las faltas de vuestros hermanos, reflexionando en que vosotros mismos no sois immaculados; esta es la caridad y á la vez la humildad. Si sufrís por las calumnias, inclinad la frente bajo esta prueba. ¿Qué os importan las calumnias de este mundo? Si vuestra conducta es pura ¿Dios no puede recompensaros? Soportar con resignación las humillaciones de los hombres, es ser humilde y reconocer que Dios solo es grande y poderoso.

¡Oh, mi Dios! ¿queréis que el Cristo venga una segunda vez á la tierra para enseñar á los hombres tus leyes que ellos olvidan? ¿Deberá aún tener que echar á los traficantes del templo, que manchan tu casa, que solo es lugar de oración? Y ¿quién sabe, ¡oh hombres! si Dios os acordará esta gracia? ¡Quizá renegareis de ella como en otro tiempo y le llamareis blasfemo, porque aatirá el

orgullo de los fariseos modernos! Quizá le hareis volver á andar el camino del Gólgota!

Cuando Moisés subió al monte Sinaí á recibir los mandamientos de Dios, el pueblo de Israel entregado á sí mismo, olvidó al verdadero Dios; hombres y mujeres dieron su oro y sus alhajas para hacerse un ídolo que adoraron. Hombres civilizados, vosotros obráis como aquellos; Jesucristo os ha dejado su doctrina, y os ha dado el ejemplo de todas las virtudes, y vosotros habeis olvidado ejemplos y preceptos. Cada uno de vosotros, llevado de sus pasiones, se ha hecho un dios á su gusto: segun unos, terrible y sangriento; segun otros, indiferente á los intereses del mundo. El dios que os habeis hecho es aún el becerro de oro que cada uno apropia á sus gustos y á sus ideas.

Volved en vosotros, mis hermanos, mis amigos; que la voz de los Espíritus toque vuestro corazones; sed generosos y caritativos sin ostentación; es decir, haced el bien con humildad; que cada uno derribe poco á poco los altares que ha elevado al orgullo; en una palabra, sed verdaderos cristianos, y tendreis el reino de la verdad. No dudeis mas de la bondad de Dios, cuando os da tantas pruebas de ella. Nosotros venimos á preparar los caminos para el cumplimiento de las profecías. Cuando el Señor os dé una manifestación mas brillante de su clemencia, que el enviado celestial no encuentre en vosotros mas que una familia; que vuestros corazones dulces y humildes, sean dignos de oír la palabra divina que os venga á traer; que el electo no encuentre en su camino mas que las palmas que testifiquen vuestra vuelta al bien, á la caridad, á la fraternidad, y entonces vuestro mundo vendrá á ser el paraíso terrestre. Pero si permanecéis insensibles á la voz de los Espíritus enviados para purificar y renovar vuestra sociedad civilizada, rica en ciencias, y no obstante tan pobre en buenos sentimientos; ¡ay! no nos quedará que hacer sino llorar y gemir sobre vuestra suerte. Pero no, no será así; volved á vues-

tro Padre Dios, y entonces todos nosotros, los que habremos servido para el cumplimiento de su voluntad, entonaremos el cántico de accion de gracias, para agradecer al Señor su inagotable bondad, y glorificarlo por los siglos de los siglos. Así sea. (LACORDAIRE, Constantina, 1863.)

12. Hombres, ¿por qué os lamentais de las calamidades que vosotros mismos habeis amontonado sobre vuestras cabezas? Vosotros habeis desconocido la santa y divina moral del Cristo; no os asombreis de que la copa de la iniquidad se haya desbordado por todas partes.

El malestar viene á ser general; ¿á quién se ha de atribuir esto si no es á vosotros, que procurais sin cesar destruir los unos á los otros? Vosotros no podeis ser dichosos sin benevolencia mútua, y ¿cómo puede la benevolencia existir con el orgullo? El orgullo, he aquí la fuente de todos los males; dedicaos, pues, á destruirlo. si no quereis ver perpetuarse sus funestas consecuencias. Un solo medio se os ofrece para esto; pero este medio es infalible: es el de tomar por regla invariable de vuestra conducta la ley del Cristo; ley que vosotros habeis rechazado ó falsificado en su interpretacion.

¿Por qué teneis en tan grande estima lo que brilla y encanta á los ojos, mas bien que lo que toca al corazon? ¿Por qué el vicio en la opulencia es el objeto de vuestras adulaciones, á la vez que no teneis mas que una mirada de desden para el verdadero mérito en la oscuridad? Que un rico disipado, perdido de cuerpo y de alma, se presente en alguna parte, todas las puertas le están abiertas, todas las miradas se dirigen á él, mientras que apenas se acuerda un saludo de proteccion al hombre de bien que vive de su trabajo. En cuanto á la consideracion que se acuerda á las gentes, está medida por el peso del oro que poseen ó el nombre que llevan. ¿Qué interés pueden tener éstas en corregirse de sus faltas?

De otra manera seria si el vicio dorado fuera azotado, como el vicio en los harapos; pero el orgullo es indulgente para todo el que lo adula. Siglo de codicia y de plata,

decís vosotros, sin duda; pero ¿por qué habeis dejado á las necesidades materiales usurpar el buen sentido y la razon? ¿por qué cada uno quiere elevarse sobre su hermano? Hoy la sociedad sufre las consecuencias de esto.

No lo olvideis, un tal estado de cosas es siempre un signo de decadencia moral. Cuando el orgullo llega á sus últimos límites, es el indicio de una caída próxima; porque Dios hiere siempre á los soberbios. Si los deja alguna vez subir, es para darles tiempo de reflexionar y de enmendarse, bajo los golpes que de tiempo en tiempo da á su orgullo, para advertirlos; pero en lugar de humillarse se rebelan; entonces, cuando la medida está colmada, todo absolutamente se les trastorna, y su caída es tanto mas terrible, cuanto mas alto habian subido.

¡Pobre razon humana, cuyo egoismo ha corrompido todos los caminos! no obstante, ten valor; en su misericordia infinita, Dios envia un poderoso remedio á tus males, un socorro inesperado á tu afliccion. Abre los ojos á la luz: hé aquí las almas de los que fueron, que vienen á recordarte tus verdaderos deberes; ellas te dirán con la autoridad de la experiencia, cuán poca cosa son, comparadas con la eternidad, las vanidades y las grandezas de vuestra pasajera existencia; ellas te dirán, que en el cielo es el mas grande, aquel que ha sido el mas humilde entre los pequeños de la Tierra; que aquel que mas ha amado á sus hermanos, es tambien el que será mas amado en los cielos; que los poderosos de la Tierra, si han abusado de su autoridad, serán obligados á obedecer á sus servidores; que la caridad y la humildad, en fin, estas dos hermanas que se dan la mano, son los títulos mas eficaces para obtener gracia ante el Eterno. (ADOLFO, obispo de Argelia. Marmande, 1862.)

Mision del hombre inteligente en la Tierra.

13. No esteis vanos por lo que sabeis, porque este saber tiene alcances muy limitados en el mundo que habitais. Mas supongo que sois una de las prominencias inteligentes de este globo. No teneis ningun derecho de envaneceros por ello. Si Dios en sus designios os ha hecho nacer en un medio en que habeis podido desarrollar vuestra inteligencia, es que quiere que hagais uso de ella para el bien de todos; porque esta es una mision que os da, poniendo en vuestra manos el instrumento con cuya ayuda podeis desarrollar á vuestro turno, las inteligencias atrasadas y conducir las á Dios. La naturaleza del instrumento ¿no indica el uso que se debe hacer de él? La azada que el jardinero pone en las manos de su obrero, ¿no le muestra lo que debe hacer con ella? ¿Y qué diriais si este obrero en lugar de trabajar, levanta la azada para herir á su señor? Vos direis que esto es horrible, y que merece ser despedido. Pues bien, ¿no es lo mismo aquel que se sirve de su inteligencia para destruir la idea de Dios y de su providencia, entre sus hermanos? ¿No levanta la azada contra su Señor, siendo así que se la ha dado para desmontar el terreno? ¿Tiene derecho al salario prometido, y no merece, al contrario, ser arrojado del jardin? Lo será, no lo dudeis; y arrastrará existencias miserables y llenas de humillacion, hasta que se doble ante aquel á quien debe todo.

La inteligencia está rica de méritos para el porvenir, pero con la condicion de hacer de ella un buen empleo; si todos los hombres que son dotados de ella, la emplearan segun la mira de Dios, la tarea de los Espíritus seria fácil para hacer progresar á la humanidad; desgraciadamente, muchos la hacen un instrumento de orgullo, y de perdicion para ellos mismos. El hombre abusa de su in-

teligencia, como de todas sus demas facultades; y sin embargo, las lecciones no le faltan, para advertirle que una mano poderosa puede retirarle lo que le ha dado. (FERNANDO, Espiritu protector. Burdeos, 1862.)